

Los héroes del silencio

Juan Carlos Domínguez

Director del IES La Algaída (Río San Pedro, Puerto Real)

Hoy he visto con mis propios ojos cómo varios centenares de héroes acudían de manera disciplinada a su cita con sus compañeros, como si no pasara nada, leales a su compromiso con el futuro y confiados en las palabras de serenidad que les habíamos ido transmitiendo. Los he esperado en la puerta para darles los buenos días y hacerles llegar, como buenamente podía, con mi mirada más que con mis palabras, mi respeto y mi admiración por demostrar tanto valor y tanto arrojo en estos durísimos momentos. He visto cómo chavales muy tiernos se han armado de un corazón de acero para luchar contra sus propios miedos y los de sus familias. Y me ha llegado al corazón la ilusión y el amor que atesoran, la grandeza de sus pequeñas convicciones, la verdad que esconden sus ojos abiertos.

Mientras, aquellos elegidos para la notoriedad pública, atrincherados tras sus datos, informes y predicciones de expertos, escupen mezquinas razones en dosis diarias sabiamente dispensadas en todos los medios. Al parecer, lejos del corazón de la escuela, por encima de la vida, se pueden encontrar poderosos argumentos que justifican el fin, y de paso ponen bocabajo los principios bajo los que crecimos y nos hicimos fuertes, aquellos que siempre nos han permitido mirar a la cara, serenos y confiados, a los nuestros.

Han llenado con sus risas y sus voces las aulas, han corrido por los pasillos y hemos fingido no verlos porque es tan grande su alma y tan sonora su confianza en nosotros que no nos sale una voz más que entrecortada y seca, atemorizada por la responsabilidad de afrontar esta crisis con tan pocos instrumentos. La palabra, la distancia, la mirada y escasamente algunos gestos deben servirnos para sentir y abrazar, comprender y perdonar, transmitir confianza y una pobre certeza hilada con más noble intención que argumentos certeros.

Sin duda la complicidad en la distancia de algún compañero, sensible ante la gravedad y singularidad del momento, ha servido para aliviar la responsabilidad puesta en nuestras manos, cruelmente, sobre la vida y la salud de nuestro alumnado y de todos aquellos con los que compartimos una vocación. Pero esto no es más que la pomada universal que generosamente nos regalamos quienes apostamos por este trabajo sabiendo que su desempeño profesional es mucho más que esto. Porque los docentes, aunque levantemos el árbol de los sueños y abramos los círculos del respeto, o precisamente por ello, no podemos convertirnos en fríos gestores de instrucciones, indicadores y criterios.

No trabajamos con datos, no operamos con juicios técnicos. Dedicamos mucho más que nuestra competencia profesional para tramar estas sutiles redes de generosidad, cariño y exigencia con la que ofrecemos a nuestro alumnado los nódulos sobre los que puedan hacer nacer las ramas del saber tanto como la honestidad, el amor propio y el respeto por los valores ajenos.

Hoy he visto cómo mi alumnado me miraba a los ojos interrogándome en silencio, muerto de miedo, atemorizado por las noticias con las que se acostaban y se levantaban. He visto cómo, con tanta dulzura como respeto, esperaban con ansia una respuesta que les tranquilizara mientras se cubrían con chaquetones, capuchas y pequeñas mantas mostrando con ello una incuestionable estampa de que a alguien se le olvidó poner un poco de sensibilidad y de calor humano en las instrucciones oficiales que nos iban transmitiendo. Y he comprendido que aquello que nos hace grandes como docentes es lo que a otros profesionales les hace pequeños: esa imperecedera fe en lo que hacemos de valor al margen y mucho más allá de los dictámenes, currículos y programaciones oficiales; ese complejo recurso a los caminos paralelos, aquellos que siempre ayudan a unir en cada alumno sus posibilidades reales con sus sueños.

Con más humanidad que profesionalidad yo los he mirado a los ojos no como alumnos sino como a hijos, como a hermanos, y con toda la serenidad y la honradez que he encontrado dentro de mí en estos días tan complicados, he compartido con ellos mi miedo. Y ellos, demostrando que el futuro será mejor sólo por ellos,

han respondido con generosidad aceptando mi pobre sinceridad como argumento perfecto. ¡Qué corazones tan grandes en cuerpos tan pequeños! Les debemos un año de sus vidas. Que nadie lo olvide cuando llegue el momento.